

HOMILÍA DE LA EUCARISTIA

Sábado 1 de marzo de 2014

SANTA MARÍA EN SÁBADO

Se cuenta, en una bella y piadosa narración, que cada vez que un niño o una niña iba a nacer en el planeta tierra, nuestro Buen Dios llamaba a uno de sus muchos angelitos del cielo para que fuese a la tierra y allí naciera como niño o niña.

Llegó el momento en el que esta petición del Buen Dios le llegó a un angelito que se distinguía porque no lo ponía todo siempre fácil. Cuando Dios le pide que vaya a la tierra para nacer como niño, éste le pone una dificultad diciéndole: “mira Señor que soy pequeñito y allí, en el planeta tierra son muchos y aquello es muy grande, por lo cual, sin duda me perderé”. Ante la objeción, Dios le dice: “NO TE PREOCUPES, QUE HABRÁ QUIEN TE CUIDE Y VELARÁ PARA QUE NO TE PIERDAS”.... La segunda objeción del angelito, viendo que la primera no tuvo fuerza y convicción fue más fuerte: “Señor, eres consciente de que aquí no me falta de nada, porque todo nos lo das, y allí estaré solo y no podré defenderme y no tendré nada para comer”. Por segunda vez el Señor le contesta diciéndole: “NO TE PREOCUPES QUE HABRÁ QUIEN TODOS LOS DÍAS TE PREPARE UNA RICA COMIDA”. El angelito ve su defensa difícil pero lo sigue intentando cuando le dice al Buen Dios: “Señor has pensado que yo seré muy pequeñito e indefenso y otros podrán mucho más que yo y me harán daño”. El paciente Dios le responde y le dice nuevamente: “NO TE PREOCUPES QUE HABRÁ QUIEN TE TENDRÁ SIEMPRE ANTE SUS OJOS Y VELARÁ PARA QUE NADA NI NADIE TE HAGA DAÑO”.

Veía el angelito que no había manera de librarse de la petición del Bueno Dios y ya, vencido del todo le responde: “Está bien, veo que no tengo otra salida... pero al menos dime por quién he de preguntar cuando llegue a la tierra”..., a lo que el Buen Dios le responde: “TÚ NO TE PREOCUPES POR SU NOMBRE. TAN SÓLO LLÁMALA, **MAMÁ**”.

Hasta aquí esta piadosa narración que nos recuerda que nuestro buen Dios nos ha pensado siempre necesitados de alguien a quien podamos decir, sencillamente, MAMÁ. Y bien sabemos todos lo que despierta en nosotros esa palabra. Es tan fuerte y son tan profundos los latidos del corazón, que la antropología enseña cómo en la regresión de los últimos años de vida, a quién invoca con frecuencia el anciano o anciana casi moribundo es a su mamá, por más que hayan pasado treinta o cuarenta años desde que ella se haya ido al encuentro del Señor en la casa del Padre.

Y una Madre de todos y para todos nos ha sido dada en la Fe por el Misterio de la Salvación. ‘Mujer, aquí tienes a tu hijo’...Luego dijo al discípulo: “Aquí tienes a tu madre” (Jn 19,16-27).

Y ocurre que junto con el sentimiento tierno de tener a una Madre que en la Fe nos acompaña y cuida, el creyente, cada uno de nosotros, como salesianos y miembros de una Congregación y Familia Religiosa de honda tradición Mariana, hemos de mirar a María, la Madre, no sólo con sentimiento, sino con la mayor profundidad de que seamos

capaces. Y mirar a María de Nazaret, la madre del Señor, no es tan sólo contemplar la increíble elección que Dios hizo en ella, sino el ejemplo que ella nos da. Mirar a María supone captar lo que Dios pide a quienes, como ella, se adentran en sus planes, y se muestran dispuestos a decir sí.

Como nos dice el autor salesiano Juan José Bartolomé en su libro: ***Dichosa tú que has creído***, la mirada a María que más la respeta, la piedad que mejor la venera, el culto que se le debe, la devoción que se merece, es la que copia la devoción que Dios siente por ella. Si en María descubriéramos lo que en ella encontró nuestro Dios, sin duda que nuestro amor por María, la Madre, sería ¡evidentemente! más divino y nuestra devoción mariana sería, sin lugar a dudas, más evangélica.

Cada suceso mariano, dentro de la sobriedad de los evangelios, sirve siempre a la manifestación divina, es revelación y promesa y *más que contarnos cómo fue María, nos explica cómo es Dios y que está empeñado en serlo así con nosotros.*

Es por eso que en dos de los evangelios María es presentada como bienaventurada por haberle creído a Dios y bienaventurada por mantenerse siempre en Él, creyente. Y estos dos evangelios, Lucas y Juan nos transmiten más que relatos biográficos de la persona de María, *el esbozo de su aventura de FE*. Las primeras generaciones cristianas descubrieron a María como creyente ejemplar y madre de discípulos fieles, estando siempre su figura y presencia en la tradición evangélica ligada a Jesús.

Advertir todo esto y meditar el itinerario de Fe de nuestra Madre significa entender que quien aspira a tener experiencia de Dios tendrá que aprender a recorrer un camino en el que es Dios quien siempre toma la iniciativa, fija las metas y establece los medios. Una experiencia de Dios sin sobresaltos, que se convierta en rutina, que se viva sin vacíos o silencios de Dios, no tiene la garantía de ser como el camino andado por La Madre.

La María del Nuevo Testamento, la que nos es dada como Madre, la Virgen de Nazaret, fue en primer lugar, *mujer de Fe*. Y ese sería un magnífico regalo para nosotros al término de nuestros Ejercicios Espirituales y ante la importante tarea y desafíos que nos plantea el Capítulo General 27 al que hemos sido convocados. “Experto credite” exortaba San Bernado (‘Atender a quien lo ha experimentado’). Quién mejor que ella, a la que llamamos y sentimos como mamá, -como el angelito de la narración-, como compañera en el viaje de la vida para que nos ayude a ser *creyentes fieles en el Señor Jesús y en el Dios de la Vida*. Y que, como a los niños del fragmento evangélico de hoy el Señor nos abrace e imponiéndonos las manos con su Espíritu nos bendiga.

Amén.